

que entrañan la solución más filosófica de los grandes problemas sobre que gira el movimiento de la humanidad; el cristianismo, que al resolver los grandes problemas relativos al origen, existencia terrenal, relaciones sociales y destino final del hombre, se ha elevado á alturas que jamás había podido vislumbrar en lontananza la filosofía pagana en sus grandes períodos; el cristianismo, en fin, que inspiró al grande obispo de Hipona el pensamiento de la *Ciudad de Dios*, no rechaza este género de investigaciones ni desea la muerte de la filosofía de la historia. Lejos de eso la llama, la desea, la acoge con amor, porque la historia bien estudiada, la historia real y objetiva del hombre sobre la tierra es y será siempre una brillante contraprueba de su verdad divina. El cristianismo no rechaza, ni niega, ni escluye el estudio de la filosofía de la historia. Lo que el cristianismo rechaza y escluye son las exageraciones y falsas direcciones de este estudio; lo que el cristianismo niega, y lo niega no solo en el concepto de sistema religioso, sino en nombre de la razón y de la ciencia, es esa filosofía de la historia que unas veces convierte á esta con la escuela hegeliana en una evolución progresiva y ascendente, pero fatal y necesaria de lo absoluto; otras hace de la historia un círculo siempre antiguo y siempre nuevo, un movimiento mecánico cuyas partes se suceden en un orden invariable en que se confunden y tocan al principio y el fin, como acontece en la teoría de Vico; y

otras, finalmente, convierte á la historia en un movimiento sempiterno hácia un ideal que huye siempre ante sus ojos, condenando á la humanidad individual y colectiva al tormento de Sísifo, como hacer suele en frases más ó menos vagas la escuela krausista.

De aquí es que la filosofía cristiana es completamente armónica y compatible con lo que hay de racional, de sólido y de cierto en las investigaciones y afirmaciones más ó menos fundadas referentes á la filosofía de la historia. Tomemos por ejemplo la ley del progreso. Es una ley de la humanidad, se nos dice, y consiguientemente de la historia universal, el progreso continuo é indefinido de la misma, el perfeccionamiento sucesivo y constante de la colectividad humana sobre la tierra. Esta proposición, como todas aquellas que en su excesiva generalidad pierden de vista las condiciones complejas de los hechos á que se refieren, encierra un fondo de verdad, pero puede ocasionar también apreciaciones inexactas y juicios erróneos á causa de los diferentes sentidos en que puede tomarse.

Si por estas palabras se quiere significar que la humanidad se halla sometida á la ley del progreso de tal manera que marcha siempre adelante, considerada en conjunto, es decir, no solo por parte de la nación ó pueblo A ó B, sino por parte de todas las naciones ó agrupaciones importantes que la componen, la proposición nos parece por demás inexacta y aventurada,

mientras no se nos demuestren los progresos realizados por los moradores del Egipto á contar desde el siglo VII de la era cristiana hasta el XVIII. Y si nos parece difícil probar la superioridad de la civilización egipcia durante los siglos indicados respecto de la que allí floreció en la época de los Tolomeos y aun de los antiguos Faraones, no mas fácil se nos presenta la empresa de demostrar que esa ley del progreso se ha hallado en pleno ejercicio con respecto á esas grandes é inmensas agrupaciones difundidas por el Asia, y que conocemos con los nombres de India, Tartaria, China, con otras semejantes del Asia y del Africa que vemos petrificadas hace siglos sin acertar á salir de sus antiguos moldes, á pesar de los constantes y repetidos esfuerzos del misionero cristiano, y á pesar tambien del contacto permanente y múltiple de la civilización europea, siendo incontestable que el escaso progreso que en ellas se observa es debido exclusivamente á la acción de estos dos agentes que solo encuentran allí predisposiciones é influencias refractarias á todo movimiento verdaderamente progresivo.

Se nos dirá tal vez que la ley del progreso no abraza toda la humanidad, sino algun punto de la misma, ó sea el movimiento y desarrollo progresivo de alguna nación ó agrupación importante de pueblos. Esto equivale á decir en otros términos que las naciones que son consideradas como los representantes principales y genuinos del ideal de la civilización en

su movimiento y desarrollo histórico, han marchado siempre adelante, debiendo ser consideradas en consecuencia como una encarnación constante de la ley del progreso. Ahora bien: aun planteado el problema en este terreno particular, concreto y relativamente exclusivo; aun reducidos sus términos á este punto de vista determinado, dista mucho de ser una verdad inconcusa y demostrada la realidad del progreso, considerado como forma completa de la civilización. Sabido es que esta, por lo mismo que coincide en el fondo con la idea de perfeccionamiento del hombre, es múltiple y compleja en su objetividad, encerrando el perfeccionamiento ascendente y progresivo del pueblo ó agrupación de que se trata, en el orden material, en el orden intelectual, en el orden moral y religioso. No tendríamos inconveniente en admitir que las diferentes fases y vicisitudes que viene atravesando la civilización desde su origen, presentan siempre algun elemento parcial de progreso. No negaremos tampoco que el movimiento civilizador que viene operándose en el seno de la humanidad, lleve escondido y como inoculado en sus entrañas algun germen de perfeccionamiento mas ó menos importante para el porvenir, ofreciendo á los ojos del observador algun elemento de verdadero progreso, aunque parcial é incompleto, sobre el pasado. Nada de esto es preciso negar para reconocer que la ley del progreso no se ha realizado en su acepción propia y completa, respecto de la humanidad, aun

considerada ó reducida esta á la expresion de aquella parte de la misma que representa de una manera especial el movimiento de la civilizacion.

Dejemos á un lado las civilizaciones de la India y del Egipto, y concretándonos á la civilizacion greco-romana cuya afinidad histórica y cuyas relaciones con la civilizacion cristiana europea nadie pone en duda, dígasenos de buena fé si todos los elementos integrantes y esenciales de la verdadera civilizacion obedecieron á la ley del progreso. Cualquiera que sea el grado de perfeccion relativa y de desarrollo progresivo que en los últimos periodos de las civilizaciones griega y romana quiera reconocerse; concediendo que esas civilizaciones representaban notable progreso bajo el punto de vista del arte, de la industria, de la política, de la filosofía, ¿puede por ventura decirse lo mismo con respecto á la religion, á la moral, á las instituciones sociales? Que respondan por nosotros el absurdo politeísmo con su culto tan ridículo como degradante en su fondo y en sus formas, la corrupcion general de las costumbres y la ausencia casi completa de moral pública y privada, la esclavitud, en fin, institucion fundamental de aquellas sociedades. Luego la misma historia nos revela que la ley del progreso, no siempre se realiza, en su sentido complejo é integral, aun en el caso de circunscribir su aplicacion á una parte relativamente pequeña de la familia humana, á aquella parte de la humanidad que representa el movimiento ci-

vilizador correspondiente á un momento histórico determinado. La ley del progreso humano es una ley esencialmente compleja y múltiple en sus manifestaciones posibles, y al realizarse ó encarnarse en una civilizacion, no siempre, y tal vez, nunca se verifica esta encarnacion de una manera total y completa sino bajo puntos de vista determinados y parciales.

Por nuestra parte, hasta aventuramos una idea, cuya apreciacion abandonamos al criterio de los lectores.

Figúrasenos que esa desigualdad, esa falta de equilibrio entre las múltiples manifestaciones posibles que encierra la ley del progreso, es una condicion necesaria de su encarnacion en la vida humana y por consiguiente una condicion *sine qua non* para la existencia y desenvolvimiento de la civilizacion. Así, por ejemplo, si la condicion estacionaria y la situacion imperfecta de un pueblo en lo que se refiere al bienestar material, va acompañada del predominio exajerado de la cultura intelectual y de la especulacion metafísica, la razon humana al sentir y experimentar el vacío que la rodea en el orden material, parece que tiende espontáneamente á concentrar sus fuerzas sobre los objetos relacionados con el bienestar material, á fin de llenar el abismo y salvar la distancia que existe entre la satisfaccion de las necesidades de la vida física y la elevacion ó superioridad relativa de la vida intelectual y filosófica. Igualmente cuando el bienestar y los in-

tereses materiales predominando en un pueblo, absorben en cierto modo su vitalidad, y la idea religiosa se amortigua, decrece y pierde su influjo, quedando, por decirlo así, rezagada y olvidada, no pasa mucho tiempo sin que el vacío producido por esta ausencia de la idea religiosa y por la falta de equilibrio entre el orden material y religioso, determine una reacción favorable al último, reacción que tiende á restablecer el equilibrio destruido.

¿Sería aventurado afirmar que hoy asistimos á una de estas reacciones religiosas? En medio de grandes errores y extravíos obsérvase en la Europa contemporánea una tendencia marcada á vigorizar el elemento religioso, haciéndolo entrar y entrar como elemento fundamental y muy importante en la ciencia humana bajo todas sus formas. La escuela ecléctica lo mismo que la sansimoniana, el panteísmo trascendental lo mismo que las escuelas humanitarias, Schelling y Hegel, Krause y Leroux, Schleiermacher y Bournouf, Bunsen y Reinaud, todos se esfuerzan en hacer entrar en el cuadro de la Historia y de la civilización la idea religiosa, como uno de los elementos mas importantes y esenciales de la vida humana. Inexactas y erróneas como son, por punto general, las doctrinas y teorías de estas escuelas y de estos escritores revelan una tendencia enérgica, una aspiración universal, un movimiento convergente de la ciencia que hace laudables esfuerzos para restablecer el roto

equilibrio entre el sentimiento religioso y el sentimiento positivista y materialista que viene desarrollándose en la Europa y que tiende á dominar y absorber la vida social, merced á las grandes conquistas y adelantos realizados en el terreno de las artes, del comercio y de la industria.

Escusado es añadir que responde también á la necesidad de restablecer el equilibrio indicado, pero con mayor verdad y eficacia, el movimiento católico que se observa en la Europa contemporánea; ese gran movimiento de concentración y de depuración católica que viene realizándose á nuestros ojos de algunos años á esta parte. El episcopado, el clero y el pueblo católico se agrupan y concentran en torno de la cátedra de san Pedro y del Vicario de Jesucristo. El hermesianismo, el guntherismo y el liberalismo disidente, el liberalismo que entraña un movimiento de secularización general, que excluye la religión como elemento del orden social y político, y que tiende en consecuencia á aislar la sociedad y los gobiernos de toda influencia religiosa, han sido rechazados y arrojados fuera del catolicismo como elementos heterogéneos que tendían á perturbar y desfigurar la pureza de la verdad divina.

Empero volviendo ya á la ley del progreso, vamos á condensar nuestro pensamiento sobre la materia en las siguientes reflexiones, pensamientos y reflexiones que pueden considerarse como la deducción

lógica y general de las observaciones que anteceden.

1.^a Hay un fondo incontestable de verdad en la enunciaci3n de lo que se llama la ley del progreso humano, y es la afirmaci3n de la perfectibilidad gradual y en cierto modo indefinida de la inteligencia humana, perfectibilidad que dá origen al desarrollo progresivo del hombre bajo los diferentes y múltiples puntos de vista que entran en el dominio de la actividad humana á causa de la diversidad de los objetos á que esta puede aplicarse. La razon *à priori* de semejante perfectibilidad es la receptividad infinita ó al menos indefinida de nuestro entendimiento en el órden de las ideas, ó hablando con Santo Tomás, es que «la potencia ó fuerza del entendimiento es en cierto modo infinita en órden á entender: *potentia autem intellectus est quodammodo infinita in intelligendo.*» La elevaci3n de la razon humana, en efecto, es tal por parte del objeto, que nada hay en el mundo ni fuera del mundo á que no alcance su acci3n y poderío en un sentido y otro. Lo absoluto y lo relativo, el ser infinito y el ser finito, la sustancia y el accidente, lo necesario y lo contingente, la eternidad y el tiempo, lo humano y lo divino, el cuerpo y el espíritu, todo entra y cabe dentro de la esfera del pensamiento humano. De aquí emana como consecuencia tan lógica como inevitable, la perfectibilidad indefinida del hombre en el órden intelectual, ó lo que es lo mismo, la posibilidad de un desarrollo indefinido de la inteligencia, porque indefinido é in-

calculable es el número de ideas que en ella pueden sucederse unas á otras, como indefinido es también y superior á todo cálculo el número de relaciones que entre los objetos puede descubrir y reconocer la razon humana. En suma; la imperfecci3n relativa y la debilidad de la razon humana, por una parte; la infinita variedad de objetos, y sobre todo, de relaciones posibles entre estos objetos por otra, dán origen y fundan una série indefinida é inconmensurable de fases y aspectos de la verdad, y por consiguiente llevan consigo la razon suficiente de la posibilidad de un desarrollo progresivo y ascendente de la inteligencia.

2.^a Decimos *posibilidad*, porque no debe confundirse ni identificarse la simple posibilidad del progreso con su realidad objetiva. La razon nos dice sí que la inteligencia humana, tanto la individual como la colectiva, *puede* marchar siempre adelante en el descubrimiento y posesi3n de la verdad, pero no nos enseña ni asegura que la realidad objetiva corresponda siempre á esa posibilidad. Que si del terreno de la razon pura pasamos al terreno de los hechos, la historia dá testimonio de la movilidad real y efectiva de la razon humana, al menos con respecto á las naciones y agrupaciones de pueblos que constituyen el centro de la civilizaci3n; pero está muy lejos de atestiguar que esa movilidad real se verifique siempre en la direcci3n de la verdad y no del error. Lejos de eso, la historia y la experiencia suministran sobrados motivos

y datos para sospechar que la inteligencia marcha á veces por la senda del error, apartándose en consecuencia de su objeto real y de su perfeccion verdadera. Una cosa es el movimiento y otra el movimiento progresivo y ascendente: no todo lo que se mueve, marcha hácia adelante.

3.^a Teniendo en cuenta esta distincion entre la perfectibilidad y la movilidad, puédense disipar los sofismas y evitar la confusion de ideas que sobre esta materia hallan fácil acogida en no pocos hombres, sin excluir aquellos que poseen cierto grado de ilustracion. Con demasiada frecuencia se confunde el progreso con el movimiento. Movimiento envuelve y significa la escuela sansimoniana, y la teoria de Fourier, y el humanitarismo de Leroux: movimiento y movimiento asaz impetuoso, enérgico y absorbente se descubre en la idea internacionalista, y en la escuela positivista, y en la filosofia materialista, y sin embargo, ¿puede afirmarse con igual seguridad que estos movimientos espresan y representan un progreso en la humanidad y para la humanidad? ¿Habremos de decir que es hoy un elemento de progreso para la humanidad civilizada la renovacion parcial del socialismo espartano, ó la restauracion de las doctrinas de Epicuro y de Lucrecio? Y si se quiere generalizar todavia mas el problema, ¿es cosa á todas luces evidente y demostrada que el gran movimiento, espresion á la vez y resultante de lo que llamamos civilizacion europea, es

un movimiento de progreso, tomado este movimiento en conjunto y con relacion á sus manifestaciones complejas y á sus direcciones múltiples? La verdad es que aun concediendo que hay progreso verdadero y real por parte de algunas de esas direcciones y manifestaciones, como por ejemplo, por parte de la industria, del comercio, de las artes, de las instituciones político-sociales, de la legislacion, siempre resultará que ese progreso es por lo menos muy problemático, por no decir nulo, hasta tocar en retroceso real, bajo el punto de vista de la religion y de la moral.

En resumen: la ley del progreso humano encierra un elemento, ó mejor dicho, un aspecto necesario é inmutable, y otro aspecto variable y contingente. El poderío indefinido de la razon en órden al conocimiento de la verdad en sus fases y relaciones innumerables, representa y expresa el primer aspecto de la ley, ó sea el posible desenvolvimiento indefinido de la inteligencia, y como consecuencia lógica y natural de este desarrollo, la *posibilidad* de un movimiento ascendente y progresivo de perfeccion por parte de la humanidad. La libertad, en combinacion por un lado con los instintos y pasiones egoistas y sensibles del hombre, y por otro con las condiciones externas, físicas, geográficas, climatológicas, históricas y fisiológicas, representa y expresa el elemento ó aspecto variable y contingente de la ley de progreso tantas veces citada. Considerada esta ley bajo el primer punto de vista,